

Revolución y Muerte. La banalidad del mal en los cuentos “Preludio” y “Cenizas para el viento”

Lina Maryory Álvarez Vásquez

linismarchx@gmail.com

Resumen

Este artículo presenta un análisis de los cuentos de Hernando Téllez “Cenizas para el viento” y “Preludio”, a partir de la definición de la banalidad del mal expuesta por Hannah Arendt en el año 1963. Luego se realiza un estudio de los personajes de los cuentos a partir de las dimensiones individuales de la banalidad del mal y finalmente se presenta otros personajes en los que la banalidad del mal no logra instaurarse.

Palabras claves

Violencia, Hernando Téllez, muerte, bipartidismo, banalidad del mal.

Introducción

Cenizas para el viento y otras historias es el título de una obra del escritor colombiano, y crítico literario Hernando Téllez (1908-1966). Poseen un lenguaje sobrio y eficaz, con frases cortas que llevan al lector a indagar sobre el papel drástico que juega la violencia. Dichas historias poseen descripciones del espacio físico, de los personajes y de los hechos, que permiten observar la puesta en reflexión entre distintos momentos, circunstancias y actores.

Por otro lado, la exposición genera conexiones problemáticas con el mundo del lector.

Hernando Téllez se muestra como un agudo crítico de la vida social, para lo cual presenta una fotografía de la realidad con una gran capacidad descriptiva que incluye tanto los ambientes como los seres humanos y sus diferentes acciones.

“Cenizas para el viento” fue escrito en la época en que Colombia vivía una guerra entre los partidos conservadores y liberales, en donde la violencia se apoderó del país, en la que se utilizaban a campesinos conservadores como la autoridad en las zonas rurales, en la que la muerte se merecía por tener una ideología política diferente, estas y otras circunstancias las presenta Téllez en sus cuentos, primeramente en: “Espuma y nada más”, “Cenizas para el viento”, “Lección de domingo”, “Sangre en los jazmines”, “El regalo” y “Preludio”. Estas historias que permiten reconocer a este cuentista como uno de los primeros escritores sobre la violencia Colombiana en el periodo de 1946 a 1953.

El empleo de una prosa rica y sencilla deja al descubierto la capacidad que tenía Téllez a la hora de escribir cuentos que reflejan su visión ante una sociedad violenta que dejaba al descubierto la situación de las víctimas y de los victimarios, sin centrarse en los dos lados, simplemente mostrando una realidad atroz pero imborrable, que no se limita con el tiempo, pues después de medio siglo, aún siguen viviendo en la memoria.

Téllez cultivó en su escritura una expresión sutil, regida por una gramática y sintaxis que cuidadas hasta el último extremo. Su “Estilo permite releerse, meditar, y corregir” (Traba.2000: Prólogo) la postura del lector frente a las historias.

“Aun cuando el libro ofrece una variedad sorprendente de temas y escenarios, quizá el núcleo decisivo del mismo sean aquellos cuentos que abordan el ámbito rural y la eclosión de la violencia. Allí podrían situarse relatos como: “Espuma y nada más”, “Cenizas para el viento”, “Lección de domingo”, “Sangre en los jazmines”, “El regalo” y “Preludio”. (Cobo. 2000, prólogo)

Puede afirmarse que los cuentos antes mencionados son una radiografía de la violencia bipartidista en los pueblos Colombianos. En el cuento “Sangre en los Jazmines” Pedrillo le dice a mamá Rosa “Si uno no se apresura a matar, lo matan”(Téllez, 1950, 44), por tanto, aquellos que alguna vez fueron amigos y conocidos cercanos pasan fácilmente a ser los verdugos de sus congéneres.

Estos cuentos permiten que el autor plasme de una manera testimonial los sucesos que recorrieron el país y macharon los verdes campos con sangre, esa que tantas veces se asemejó a los atardeceres y que fue la muestra de la identidad generada alrededor del odio, la venganza y la sed de poder.

Por lo tanto, uno de los objetivos que pretenden sus relatos no es solo mostrar una crítica a la guerra que vivió Colombia en los años 50, sino presentar como se manifiesta la banalidad del mal en los personajes que tienen el papel de ser asesinos,

tema que es de interés en este artículo y que será estudiado a partir de dos cuentos específicamente “Cenizas para el viento” y “Preludio”.

La banalidad del mal según Hannah Arendt

El concepto de banalidad del mal surge de un análisis exhaustivo que realizó la pensadora Hannah Arendt en el año 1961, sobre el caso de Adolf Eichman, quien era el exteniente coronel de la SS encargado de los aniquilamientos durante el régimen Nazi. En el juicio fue acusado de “cometer crímenes contra el pueblo, crímenes contra la humanidad y crímenes durante el periodo del régimen Nazi” (Arendt, 2006, 39), pero él se declaró inocente, expresando que simplemente estaba cumpliendo con su deber, lo que había aprendido de Kant. Sin embargo Arendt afirma que Eichman no interpretó adecuadamente las palabras de Kant, pues el enseña a obedecer pero sin pasar por encima de la convicción propia.

Arendt escribe unas cartas en las que plasma sus observaciones a medida que transcurre el juicio y analiza a Eichman como individuo. Después de dos años publica el libro llamado “*Eichman en Jerusalén*”, el cual le trae consigo críticas fuertes dado a que la pensadora enfoca sus argumentos en la limpieza ideológica y el espíritu burocrático, es decir, muestra el mal como un fenómeno superficial, en el que este burócrata solo cumplía con órdenes sin reflexionar sobre sus consecuencias. Reconoce en su texto, un tipo de mal presente en la modernidad enfocándose en dos dimensiones: la individual y la contextual. En la primera explica características por las

que se atañe el concepto de banalidad del mal, como lo son: la normalidad, la obediencia, la tecnología moralizada, la irreflexibilidad y la responsabilidad flotante. En la segunda se basa en la burocracia y la racionalidad formal.

La banalidad del mal en el cuento “Cenizas para el viento”

“Cenizas para el viento” es la historia de Juan y su familia, quienes fueron amenazados por las autoridades del pueblo (El alcalde, los guardias y Arévalo) para que abandonaran su finca, pues habían sido denunciados como revolucionarios. Su objetivo era la intimidación y a la vez el aniquilamiento de la familia sino cumplían con dejar su propiedad. Finalmente los guardias en compañía de Arévalo, quien era el hijo de Simón su vecino, cumplen con sus amenazas y queman la casa con la familia adentro.

En este cuento se hace evidente la banalidad del mal en Arévalo y los guardias, pues en primera instancia Juan, su esposa e hijo, no eran conocidos por las autoridades aunque por Arévalo sí, pero ninguno tenía un odio particular por esa familia. Y en segunda se asesinó a la familia por razones del cumplimiento del deber.

La intimidación de la víctima es considerada una estrategia que se emplea para “cumplir con el deber” en una estructura burocrática. Es por esto que a los guardias no se les imprime un carácter de malvados, pues ellos supuestamente “solo ejecutan” su labor como “buenos guardias”. Ellos son personas usualmente “normales”, que se

encuentran en todos sus cabales, pero su papel de autoridad se enfoca en sacar a los revolucionarios del pueblo.

Con estas características se puede entrar a comparar los personajes de Téllez con el análisis que Arendt hace de Eichman, dado a que los guardias y Arévalo no presentan algún tipo de desvío psicológico, esto se corrobora con lo que se ha venido mostrando en este punto, la crueldad con la que asesinaron no fue producto de un desvío mental, se trató de personas en un normal estado psicológico que “simplemente” cumplían con su deber, es decir, actuaron supuestamente sin “intención de causa”, solo por el simple hecho de la obediencia. Max Weber señala que esta es una de las características del buen funcionario, desde una perspectiva sociológica. “Deber del funcionario es y no solo su deber sino su honradez, está en ejecutarla como si correspondiera a su convicción mostrando con ello que su sentido del deber inherente al cargo está por encima de su amor propio” (Weber, 2004, 1076)

Partiendo de lo anterior se hace claro cómo los guardias y Arévalo actúan sin indagarse si es buena o mala la acción que están llevando a cabo. “Cometieron la gran estupidez de trancar las puertas y quedarse adentro, y usted comprende, no había tiempo que perder...”(Téllez, 1950, 23). Es por esto que las acciones que ellos realizan, eluden ser analizadas como criminales, dado a que intimidar y aniquilar era “su deber” dentro de la estructura burocrática a la que pertenecían. Supuestamente “Matar es una acción legítima” por el simple hecho de que ha sido ordenado. Por tanto los guardias sencillamente estaban obedeciendo. De hecho, si ellos no estuvieran inscritos como guardias del pueblo no hubieran asesinado a la familia de Juan.

De lo anterior se puede concluir que las autoridades llevaron a cabo ciertas acciones desde un marco de obediencia y cumplimiento de la ley que supuestamente debían realizar en calidad de buenos burócratas. Esta característica Hannah Arendt también la analiza en Eichman, y la denomina “obediencia”.

De otro lado Zygmunt Bauman aporta el concepto de “tecnología moralizada”.

“En una burocracia las preocupaciones morales del funcionario se alejan de la situación de los objetos de la acción. Se dirigen a la fuerza en otra dirección: el trabajo por hacer y la perfección con que se realiza, por lo que se refiere a los “objetos” de la acción, poco importa cómo les va y cómo se sienten. Si importa la rapidez y la eficacia con que el actor hace lo que sus superiores le digan que haga” (Bauman,2004,189)

La tecnología moralizada para Bauman se fundamenta en los valores del burócrata, de los cuales se afirma que devienen del orden moral de sus superiores jerárquicos y no de su propia valoración reflexiva. Efectivamente las acciones de Arévalo y los guardias son ejecutadas por “orden de un superior”, supuestamente ninguna reflexiona sobre la crueldad de los hechos.

Según Arendt el juzgamiento de lo que está bien o mal se da solo mediante un diálogo interno que implica conciencia de sí. En este mismo sentido al aplicar esta característica en los personajes que se convierten en asesinos del cuento “Cenizas para el viento”, se puede identificar que el asesinato de Juan de su familia se realiza desde la superficialidad, sin el mayor interés personal de hacer daño, ya que realmente

no hay una intención que nazca desde el interior de ellos. Se puede evidenciar como para los guardias no era una situación de dolor, para unos solo era un sentimiento de indiferencia y para Arévalo quien los conocía no era tan agradable ver morir esta familia sin embargo no tuvo la capacidad de decidir sobre lo que está bien o está mal. “El guardia del rebenque saltaba de gozo, mucho más entusiasmado, desde luego, que sus cuatro compañeros y que Arévalo”(Téllez,1950,22)

De tal manera que el mal que ejecutaron estas autoridades es una mal banal superfluo, ellos no ejercieron la actividad de pensar, que correspondía a una reflexión sobre sus actos, por lo que eliminaron su capacidad de juzgar entre el bien y mal desde sus propias conciencias y simplemente ninguno se responsabilizó de sus acciones, porque no las realizaron desde su mismidad.

La banalidad del mal en el cuento “Preludio”.

El cuento “Preludio” nos narra la historia de un hombre que se encuentra en una calle al lado de una vitrina de bizcochos, por casualidades se vuelve revolucionario dado a que le entregan un machete y es con este que asesina a otro que se atreve romper el vidrio de la bizcochería en la que se encontraban.

La decisión que toma el hombre, se enfoca en un mal que carecía de conciencia de sí, es decir, aquel sujeto que llega a donde él, no le había hecho nada, simplemente rompe el vidrio porque siente la necesidad de comer, de tal forma que no era su enemigo, ni mucho menos una carga, simplemente de la nada se instaura un mal en

este hombre. No existe una vez más una intensión de causa, pues el protagonista del cuento al recibir el machete, no tiene idea de para que se lo han dado, sin embargo es el ambiente de revolución lo que lo lleva a asimilar que es ese objeto que sirve como instrumento de trabajo en el campo se convierta en un símbolo de poder y puede asesinar a cualquiera como este lo expresa. “La revolución no se equivoca, pues si están repartiendo machetes algo habrá que cortar, algo habrá que defender, y a alguien habrá que matar” (Téllez, 1950, 44). Este hombre es un sujeto totalmente normal, con características que no sobresalen de la vida cotidiana, simplemente se convierte en criminal por ser revolucionario. Es así como se manifiesta la banalidad del mal, desde la normalidad de los sujetos. Estos nunca reflexionan si es bueno o malo matar o no, actúan por obediencia a esa revolución, cumplen con su deber.

La revolución se convierte en una razón de juicio moral, logrando neutralizar la conciencia del hombre que posee el machete, haciéndolo sentir como útil para la sociedad e importante. Logra imponer un pensamiento de obediencia ciega, es decir, actúa por ser parte de la revolución, como el mismo lo expresa “-Si usted toca el vidrio lo mato- dije llevado de un impulso extraño, de una fuerza secreta que parecía estar en mí interior” (Téllez, 1950, 45).

Una de las características principales de la banalidad del mal es la incapacidad de pensar¹, lo que lleva a generar con el tiempo una irreflexibilidad. La cual se hace evidente en el cuento "Preludio". El hombre del machete se encuentra movido en su interior por una fuerza interna, que no le deja posibilidad de elegir que es bueno y que es malo, que se presenta como manipuladora y obsesiva, que tiene el poder de moverlo a su gusto, pues simplemente él no es libre, está en una calle mojado y con hambre lo que lo hace susceptible y dependiente. Condicionado por la acción social de defender un interés común (la revolución), sus intereses individuales se ven reducidos a la nada.

Télez plasma de una forma discreta lo absurdo de la revolución, mostrando esa banalidad del mal instaurada en sus personajes. Los hace frágiles y sin sueños, simplemente presenta hombres que cumplen con su deber sin pensar en las labores que hacen, solo actúan instalados en una racionalidad formal que le exige desligarse de todo sentido pasional. Y aunque no incluye a la revolución como uno de sus personajes, se puede ver cómo esta aparece en la mayoría de sus cuentos, haciendo que los hombres luchen por ella sin tener presentes sus sentimientos, limitaciones y anhelos, que simplemente se maten unos a otros movidos por una fuerza que habita en el ambiente. Sin embargo, no cabe duda que la revolución desde este análisis se ve como un personaje más en las historias.

¹ Cabe señalar que pensar, no significa carecer de habilidades mentales, sino la incapacidad de reflexionar sobre las acciones. Es decir pensar según Arendt es una actividad racional, reflexiva, que todo ser humano puede realizar a través de la conciencia de sí.

En este apartado del cuento "Preludio", se presenta a la revolución personificada "Un minuto después la revolución me hacía el obsequio de un machete. ¿para qué? Yo no sabía para qué". (Téllez, 1950, 45). Se ratifica a la revolución como un sujeto que hace un obsequio al personaje, es esta esa conciencia, que le da ese un impulso extraño de lucha, pues su único objetivo es acabar con quien se le oponga a ella.

En este cuento la revolución es mostrada como esa conciencia que libera a los personajes de la lucha interior, que no los deja pensar sobre sus actos y se manifiesta en cambio como redentora. Se encuentra en el ambiente, simplemente marca territorio dominando al individuo, formando un sistema con vida propia, ejerciendo una fuerza coercitiva sobre sus miembros. Este es el caso que se observa al final del cuento "Preludio", en el que él protagonista a pesar de haber acabado con el hombre que invadió su territorio, no se muestra satisfecho al cometer el acto de vandalismo, simplemente lo hace porque la revolución lo incita. "El lodo y el agua se tiñeron fugitivamente de sangre. La vitrina estaba por fin abierta. Pero una sensación de náusea me había quitado el hambre y con el hambre el deseo de saciarme hasta el hartazgo" (Téllez, 1950,48). Se ve aquí que su asesinato ha sido en vano y como él nunca pensó en las consecuencias de sus actos, actuó por ser parte activa de la revolución.

Esa incapacidad de pensar es mostrada por Arendt como "No es una estupidez, la podemos hallar en la gente muy inteligente y la maldad difícilmente es su causa, aunque solo sea la ausencia de pensamiento y estupidez fenómenos mucho más

frecuentes que la maldad” (Arendt, 2007, 165). En este sentido, los personajes no poseen ninguna razón obvia para matar, simplemente lo hacen para mostrar que están del lado de una lucha que no tiene rostro, que se esconde bajo un uniforme rojo o azul, que es absurda, más sin embargo exige la presencia en alguna de sus partes.

Téllez sitúa a los personajes en contra de la revolución y a favor de ella. Muestra desde diferentes escenarios el papel del sujeto que está sumido en esta “el rostro de la revolución: ira y miedo” (Téllez, 1950,43). Como es el caso del hombre que recibe el machete en “Preludio”, al que le toca hacer parte de ella simplemente porque lo encontró y él no opone resistencia pues no tiene metas, ni sueños que le den la opción de renunciar a ella. “A mí me había cogido la revolución en plena calle, cuando estaba parado en frente a la vitrina de una bizcochería en la gran Avenida.” (Téllez, 1950,43).

La revolución envuelve a los personajes que no poseen una identidad propia y que se dejan manejar sin dificultad, sin indagar sobre las consecuencias que esta trae consigo. Matar es entonces la única salida que presenta la revolución aunque este invadida de miedo y de ira.

Lo anterior da pie para reconocer como el autor exhibe la irreflexibilidad en este cuento, a partir de la renuncia que los personajes hacen de pensar y reflexionar sobre sus actos. Por lo tanto, la dignidad del hombre del machete se ve reducida por la fuerza del mal, que anula sus intereses y deja de lado la compasión por aquel otro sujeto

indefenso que se encuentra a su lado. La renuncia de escuchar su propia voz en solicitud cedió la capacidad de autorreflexión de pensar en lo bueno y lo malo, simplemente traslada toda su responsabilidad moral a su labor como revolucionario.

Arendt afirma que los ejecutores de la banalidad del mal no realizan un juicio interior porque están instalados en una racionalidad formal, dentro de la cual se encuentran unas habilidades como la obediencia. Del caso que Téllez presenta en “Preludio”, se puede afirmar que el hombre del machete jamás realiza un juicio de sus actos, simplemente se limita a actuar por un movimiento que para él merece ser obedecido.

Daniela Londoño Ciro en su artículo “Muerte y banalidad”, presenta una visión de lo absurdo en los cuentos “Preludio” y “El Regalo”, pues manifiesta que los personajes carecen de motivos reales a la hora de matar, afirmando que es la ira de las masas lo que los lleva a convertirse en asesinos. Dado lo anterior se puede confirmar lo que se viene exponiendo, es decir, se ratifica como la banalidad del mal se instaura en los personajes que actúan de forma violenta, por tanto, ejerce control sobre ellos motivo que lo lleva a convertirse en asesinos.

Sin embargo, no se trata de defender a los criminales, sino de mostrar como existe un tipo de mal que se instaura en estos personajes. Este mal surge de la “racionalidad formal” y simplemente convierte al sujeto en un nuevo victimario. La

persona se vuelve entonces en un elemento de engranaje de la revolución, que evidencia que la violencia y la crueldad tienen una honda raíz en la racionalidad.

Los personajes victimarios de la revolución en los dos cuentos estudiados de Téllez, son irreflexivos (esto es lo que los hace banal), no tienen valoración moral propia, su orientación moral están ceñidos a la moral que les impongan, son incapaces de responsabilizarse por las consecuencias de labor que ejecutan. La muerte es entonces una consecuencia de una mal que no tiene reglas, solo tendría fin cuando los personajes demuestren su capacidad de decisión ante lo que es bueno o malo.

Tania de Miguel Magro en su ensayo “El tiempo y la muerte” expone a la muerte como “un elemento integrante de la vida”, que aparece como espectadora del devenir humano. Resalta que no es un punto final, debatiendo la idea de Marta Traba, en la que ella especifica que “la muerte finaliza con la vida”. Sus intereses son demostrar cómo que es un elemento integrante de la vida, que se lleva a cabo a consecuencia del tiempo. Reconoce que el tiempo solo se detiene para quienes mueren, pues justifica que para los demás seres humanos la vida sigue su curso.

Partiendo de la definición de Traba, se puede analizar el cuento “El regalo”, que nos muestra como un niño inocente, con unos pensamientos puros y quien vive de la ilusión de ver a su padre cae en las manos de la muerte, quien lo recibe sin ningún recelo, sin importar su edad y sus sueños. El niño que tanto ama a su familia y hace lo

posible por cumplir con su objetivo de ver a su padre en la cárcel y de entregarle el recado que su esposa le ha enviado es víctima de la guerra, sin hacer parte de ella, pues él está en medio de la vida y la muerte así su capacidad no le permita asimilarlo. “La helada indiferencia con la que los adultos realizan sus criminales tareas abrirán una grieta en sus mentes”. (Cobo, 14). Por lo anterior, ese tipo de mal que está en algunos personajes deja en las víctimas un vacío que los lleva a manos de la muerte, “El guardia no me hará nada. Y me dejarán entrar...apri... El niño Diomedes se desploma, se desgaja, como una fruta. Y la denotación del fusil repercute maravillosamente en el silencio que llena la plaza”. (Téllez, 1950,41). Aunque el guardia no tenga ninguna razón lógica para asesinar al niño, su papel es darle entrada a la muerte, obedecer ciegamente a un mal, aniquilando a todo aquel que se atreva a cruzar la plaza.

La revolución en los cuentos de Téllez, deja de ser inofensiva y se convierte en una guerra sin compasión. Freud plantea “La guerra Derriba, con ciega cólera, cuanto le sale al paso, como si después de ella no hubiera ya de existir futuro alguno ni paz entre los hombres” (1915,14). Esta definición permite reconocer que no hay exterminio del mal. En relación con los personajes de Téllez se puede afirmar que no dominan sus instintos, se dejan llevar de una conciencia colectiva a la hora de actuar, pues matar hace parte de la revolución y se va volviendo tan común que termina siendo de la cotidianidad de los personajes. “La muerte es el desenlace necesario de toda vida, no es una actitud sincera. Cuando la muerte alcanza a nuestro padre, un hijo, un amigo, sepultamos con el nuestras esperanzas, nuestras demandas [...] no nos dejamos consolar y nos negamos a sustituir al que perdimos” (Freud, 1915, 290)

Téllez finalmente nos muestra como sus personajes se pueden volver asesinos siempre y cuando se encuentren en un ambiente que acepte sus acciones, la revolución es entonces el contexto ideal para presentar lo grotesco y lo banal de la violencia. La muerte “finaliza” con esa guerra, pero deja huellas en los personajes de tal forma que sus esperanzas se limitan y sus anhelos se ven reducidos por el poder del mal.

La muerte es presentada como banal, se concluye que los asesinos no poseen una razón lógica para matar, simplemente actúan “sin intención de causa”, es decir, deben asesinar por “ser diferentes”, incitados por el poder de la revolución.

Otra forma de conciencia de la muerte

Cenizas para el viento y otras historias, además de mostrar personajes débiles, presenta hombres fuertes que no son invadidos por el mal. A diferencia de Arévalo, los guardias y el hombre del machete, el barbero el personaje principal de “Espuma y nada más”, piensa, es decir, tiene la capacidad de reflexionar sobre las acciones que va a realizar, separando la causa de la revolución de sus intereses personales. Arendt reconoce que la falta de pensamiento es una de las causas por las cuales Eichmann se convierte en criminal, por tanto este hombre no se deja influenciar por la sed de la revolución.

En el cuento “Espuma y nada más”, Téllez expone los pensamientos de los personajes mediante la voz de la conciencia, ellos hacen juicios de valor sobre sus acciones representado lo que es éticamente correcto e incorrecto, o simplemente lo que está bien o mal. El barbero se aleja de una conducta instintiva de la que se venía hablando en los apartados anteriores² transformándola en una humana, es decir, hace un balance de sus sentimientos y pensamientos, evaluando la importancia que estos para él, reconociendo que cada uno es responsable de sus actos. Por tanto, logra definirse como un profesional en su labor que debe cumplir estrictamente con su deber sin importar sus deseos como revolucionario. “Yo tendría que afeitar esa barba como cualquiera otra, con cuidado, con esmero, como la de un buen parroquiano, cuidando de que ni por un solo poro fuese a brotar una gota de sangre”. (Téllez, 1950,12).

El barbero es un hombre que no se deja llevar por la fuerza de la maldad, pues deja que su conciencia prime sobre los intereses colectivos, se presenta fuerte, con sueños y metas para alcanzar. Para él ser asesino³, no es una opción, es una mala decisión que no se puede dar. Aunque tiene la oportunidad de aniquilar a su enemigo, no lo hace pues sus actos si importan para él. Reconoce que matar no es uno de sus objetivos por lo que desiste de hacerlo. “Pero matar no es fácil. Yo sé por qué se lo digo”. (Téllez, 1950,15).

² La conducta instintiva es la que presenta Arendt en Eichamann, mostrando su incapacidad de controlar sus actos. Además en los cuentos de Téllez fue identificada en los guardias, Arévalo y el hombre del machete.

³ Su conciencia individual lo pone al margen entre ser revolucionario y un asesino.

Para Téllez la banalidad del mal llega como una imposición, no tiene ninguna consideración, se instaura en hombres frágiles que matan porque es “la ley”. Sin embargo el barbero no es débil, tiene una personalidad definida, aunque reconoce que aunque es absurdo tener al enemigo enfrente y no ser capaz de asesinarlo, identifica que es más fuerte el que es capaz de controlar sus emociones. “Yo no quiero ser un asesino, no señor. Usted vino para que yo lo afeitara. Y yo cumplo honradamente con mi trabajo”. (Téllez, 1950,15).

Las dimensiones individuales de la banalidad del mal, no se hacen evidentes en el barbero. Para él prima el interés como persona que la obediencia a una ley, es decir, no cumple con su deber de revolucionario sino con el de un excelente barbero. Sus preceptos morales determinan lo que está bien para el furo interno del sujeto, más no para esa estructura burocrática de la que hace parte. “Y tan fácil como resultaría matarlo. Y lo merece. ¿Lo merece? ¡No, qué diablos! Nadie merece que los demás hagan el sacrificio de convertirse en asesinos”. (Téllez, 1950,15).

La revolución no logra neutralizar su conciencia ni mucho menos asignar un orden moral, por tanto, no se impone un pensamiento de obediencia ciega. El barbero es capaz de pensar sobre sus labores y no instala su labor como revolucionario en la racionalidad formal, por el contrario considera que es responsable de sus actos. Nunca renuncia a pensar, escucha su propia voz y siempre reflexiona sobre sus actos.

Finalmente se puede llegar a concluir que la banalidad del mal se encuentra presente en algunos de los personajes de Téllez (Arévalo, Los guardias y el hombre del machete), en los que no prima el control de sus emociones y sentimientos. Pero de igual modo existen otros que son más fuertes y simplemente no dejan entrar al mal en sus conciencias (el barbero).

Referencias Bibliográficas.

Arendt, Hannah (2007). "Responsabilidad y juicio". Barcelona. Editorial Paídos

Arendt, Hannah (2006). "Eichman en Jerusalén, Un informe sobre la banalidad del mal". Barcelona. Editorial de Bolsillo. Traducción de Carlos Ribaña. 1º Edición.

Arendt, Hannah (1993). "La condición humana". Barcelona. Editorial Paídos

Bauman, Zygmunt (2008). "Modernidad y Holocausto". Madrid. Cuarta Edición. Edición Sequitur.

Cobo Borda, Gustavo (2003). "Hernando Téllez. Estética y violencia". Prólogo a Cenizas para el viento. Editorial Norma. Bogotá.

De Miguel Magro, Tania (S.f.) "El tiempo y la muerte en Cenizas para el viento, de Hernando Téllez". En web: <http://pterodactilo.com/tres/Magro.pdf>

Freud, Sigmund (1915) "Consideraciones de actualidad entre la guerra y la muerte". Editorial Biblioteca nueva. Madrid.

Giraldo, Luz Mary (2005) "Cuentos y relatos de la literatura Colombiana". Editorial .Fondo de cultura económica. Bogotá.

Giraldo, Efrén (2014) "Hernando Téllez. Ensayo y autofiguración". En la poética del esbozo. Bogotá. Ediciones Unidades.

González, Fernán (2014) "Poder y violencia en Colombia". Editorial U. Javeriana. Bogotá.

Londoño, Daniela. (2016) "Muerte y banalidad: una visión del absurdo en los cuentos "Preludio" y "El regalo" de Hernando Téllez. En web:

https://repository.eafit.edu.co/bitstream/handle/10784/8082/Daniela_Londo%C3%B1oCiro_2015.pdf?sequence=2&isAllowed=y

Martínez (2011) Filosofía, Hermenéutica y Cultura: Homenaje a Andrés Ortiz-Oses

Pachón (1980). El cuento colombiano, tomo I. Editorial Plaza y Janes. Bogotá.

Ricoeur, Paul. (2006) Tiempo y narración III: El tiempo narrado. Buenos Aires. Siglo XXI.

Téllez, Hernando (1996). Vanidades. En nadar contra la corriente. Editorial Ariel, Bogotá.

Téllez, Hernando (1950). Cenizas para el viento. Editorial Universitaria, Bogotá.

Téllez, Hernando (1995). Literatura y sociedad. En nadar contra la corriente. Bogotá Ariel.

Traba, Marta (2000). Hernando Téllez. Prólogo a Cenizas para el viento. Editorial Norma. Bogotá.

Weber, Max (2005) ¿Qué es la burocracia?. México D.F. Ediciones Coyoacán. S.A.